

Capítulo 6

Rufo

– ¿No crees que sea verdad?

– Claro que no hija, esas son historias que siempre cuenta la gente de los pueblos, pero no hay que hacerles caso.

Habían terminado de cenar, apenas unos huevos revueltos y un poco de jamón. Él tomaba café con leche, como cada noche. Ante las palabras de su padre Sonia no dijo nada, pero torció la boca en un gesto de incredulidad.

– ¿Cómo puedes estar tan seguro? –protestó Sonia–, ya viste lo convencido que estaba.

– Claro que estaba convencido, pero eso no quiere decir que la historia sea cierta.

– Entonces ¿nos está mintiendo?

– No lo creo, pero ya sabes cómo son estas cosas: un día hay un viento un poco más fuerte de lo normal y cada uno lo vive a su manera. Luego va pasando el tiempo y la gente se va olvidando de los detalles, o los va confundiendo, o los va exagerando para hacer la historia más interesante. Muchos años después los hijos y los nietos repiten lo que escucharon, y también lo van cambiando, y al final es muy difícil saber lo que realmente ocurrió. No, yo creo que el pescador estaba convencido de lo que nos contó, pero también creo que la realidad es muy distinta.

– Pues me parece increíble que todos tengan un refugio con comida por si algún día vuelve un Forzzo.

– A mí también, pero es muy difícil eliminar las

creencias de la gente, ¿sabes?, y tampoco es bueno intentarlo. Hay que respetar los mitos y las leyendas de cada uno, sobre todo si son inofensivas como esta.

Sonia se metió en la boca el último trozo de jamón y masticó despacio, pensando. Abrió mucho los ojos y miró de nuevo a su padre.

– Entonces, ¿subiremos?

– Claro que subiremos ¿Pensabas que me iba a asustar por una historia como esa?

– No sé... hiciste tantas preguntas al pescador que pensé que a lo mejor...

– Eso lo hice para que no se ofendiera, para hacerle ver que estaba prestando atención a lo que decía. Si vamos a estar aquí un mes es mejor que nos llevemos bien con la gente del pueblo.

– Pues si subimos seguro que terminará por saberlo.

– Probablemente, pero siempre podemos decirle que hemos ido con cuidado, pendientes del cielo. Eso le hará sentirse importante.

Sonia siguió masticando en silencio, sonriendo. Le gustaba la perspectiva de subir caminando hasta Terracal.

– ¿Iremos mañana? –preguntó ella.

– Depende, ¿no estás cansada?

– ¡Qué va! Llevamos cuatro días bañándonos y paseando por el pueblo, ¿cómo voy a estar cansada?

– Bien, pues si quieres subiremos mañana. En ese caso, será mejor que te acuestes ya. Nos levantaremos temprano para que estemos en camino cuando empiece el calor.

– ¿Puedo escribir un poco antes de acostarme?

– No me parece muy buena idea, Sonia, es una caminata bastante larga.

– ¡Sólo diez minutos!, me gustaría anotar esto en el diario.

– De acuerdo, diez minutos, ni uno más, y luego a la cama.

– ¡Vale!

Sonia se levantó de la mesa y voló a la máquina de escribir. Introdujo un nuevo folio y comenzó a teclear, un poco atropelladamente al principio y después con un poco más de calma.

¡MAÑANA ECXCURSION! Pot fion vanos a dsuvir al axcamtilaso. Me gurta el nonbre: Terracal. Hoy hemos xconocido a um pescador que mos ha hablasdo de Forzzo, pero ahora er tarde, lo esxcribire mañana, y tambien lo que vea en el acamtilado.

Quiso seguir escribiendo, pero aún teclaba mal y ya se habían agotado los diez minutos que su padre le había autorizado, así que extrajo el folio a regañadientes y lo releyó. Se enfadó porque había cometido más errores que de costumbre, aunque sabía que los nervios le habían hecho teclear demasiado rápido. Dejó el folio sobre la máquina para completarlo al día siguiente. “Y mañana escribe un poco más lento”, pensó.

Mientras se cambiaba y se limpiaba los dientes escuchó a su padre lavando la loza de la cena y terminando de limpiar en la cocina. Estaba metiéndose en la cama cuando Daniel asomó la cabeza por la puerta de la habitación y le dio las buenas noches. Ella apagó la luz, y aún escuchó durante otros diez minutos cómo él también se cambiaba y se aseaba antes de meterse en la cama. Finalmente desapareció también la luz del cuarto de su padre, y en la casa cesaron los sonidos.

Los ojos se negaron a cerrarse; el sueño no había entrado dentro de ella. Sus pensamientos no se estaban quietos. Recordaba casi palabra por palabra la conversación con el pescador, especialmente su expresión al mencionar el Forzzo, extrañamente temerosa y serena.

Le resultaba imposible vaciar su cabeza. Su mente viajaba continuamente hasta los prados. Se encontraba muy excitada por subir, por ver un acantilado tan imponente y caminar por extensiones de hierba donde

probablemente no encontrarían a nadie.

Por un momento meditó sobre la advertencia del pescador: si llegaba un Forzzo y ellos estaban en la cima del acantilado no tendrían forma de regresar a tiempo. Según el hombre, no obstante, habían transcurrido muchos años desde el último Forzzo, así que no era probable que viniese uno precisamente el día de su excursión.

Si es que realmente existía un viento así, claro.

Decidió hacer como su padre, y no tener miedo. Sonrió, con los ojos muy abiertos y medio destapada, mirando por la ventana la escasa claridad de la luna, pensando en la excursión del día siguiente.

Daniel la levantó temprano. Hicieron un desayuno abundante pero fácil de digerir, cereales, fruta y zumo, y enseguida se pusieron a preparar las mochilas. Sonia estaba tan nerviosa que todo lo hacía rápido. Decidieron llevar algo de fruta y jamón, y al pasar por la tienda de Tonno comprarían un pan y una tableta de chocolate. También llevarían agua que habían dejado enfriando por la noche, una linterna, pilas de repuesto, un chubasquero y un suéter para cada uno, crema de protección contra el sol, y un pequeño botiquín consistente en desinfectante, tiritas, algodón, unas pequeñas tijeras y unos cuantos analgésicos. Daniel también metió en la mochila su navaja suiza.

Salieron de casa a las siete y media y fueron directamente a la panadería. Tonno les sonrió, sorprendido por verles aparecer tan temprano.

– ¡De excursión, estupendo, estupendo! Nos gusta que los turistas disfruten del entorno, eso está bien. ¿Dónde pensais ir, al pantano, al pinar...?

Daniel y Sonia se miraron sin pronunciar palabra. Ambos pensaron instintivamente en no decir la verdad, pero Daniel cambió enseguida de parecer. Hubiera sido

tanto como dar credibilidad a las palabras del pescador.

– Vamos a subir al acantilado.

– ¡Estupendo, estupendo, muy bien! Es una excursión fantástica, ¡unas vistas increíbles! El pueblo se ve muy bonito desde arriba, y es muy fácil de hacer. Yo ya hace algún tiempo que no subo, claro, por mi peso, ¿sabéis? –aunque esto lo digo aquí, entre nosotros, porque hay confianza, pero delante de mi mujer nunca lo reconocería, bastante me recuerda ya todos los días que me estoy poniendo como un tonel–, en fin, ¿qué decía?, ¡ah, sí!, que es muy fácil de hacer, cuestión de media hora, pero digo yo una cosa, ¿no lleváis demasiada comida para un paseo que dura un ratito?

Sonia y Daniel intercambiaron de nuevo una mirada cómplice.

– Es que –aclaró Daniel– no vamos a los acantilados que están junto al pueblo. Vamos al otro, a Terracal.

Tonno estaba entregándoles la bolsa con el pan y el chocolate. Se detuvo, y por un momento les miró con severidad. Enseguida intentó recuperar su habitual sonrisa, aunque sólo consiguió una mueca de incomodidad mal disimulada.

– ¿A Terracal? No creo que sea buena idea, no, no, qué va... Pienso que es mejor que no, los acantilados que se ven desde el paseo marítimo son mucho mejores, sin duda, más fáciles para Sonia, que el fin y al cabo sólo es una niña, ¿estás acostumbrada a caminar?

Sonia fue a hablar, pero Tonno enmudeció sus palabras con una nueva andanada.

– Además, tan lejos... No es un camino fácil, qué va, no es fácil en absoluto, tan fácil perderse...

– Tonno, tranquilo. No nos va a pasar nada.

– ¿Y si os perdeis? ¿Y si uno de los dos se cae y se hace daño en una articulación y luego no podeis volver? Qué va, es demasiado lejos, los dos solos, por favor, Daniel, piensa en Sonia...

– Tonno –dijo Daniel con calma–, no va a ocurrir

nada, no nos vamos al fin del mundo, hombre, sólo es una caminata de un par de horas. Mira, vamos a hacer una cosa: si esta tarde a las seis no hemos pasado por aquí vas y avisas a la policía, ¿de acuerdo?

Tonno no contestó. Sostenía un paño con ambas manos y no paraba de retorcerlo.

– Es que... sigo creyendo que...

– Tonno –volvió a intervenir Daniel–, mira... estamos al tanto de lo del viento, ¿de acuerdo?

El panadero levantó los ojos y les miró, por turnos, muy fijamente, sin poder creer lo que acababa de escuchar.

– ¿Qué... qué viento?

– Vamos, Tonno, no te hagas el tonto. Estoy hablando del Forzzo, ¿vale?, nos han advertido sobre él, así que ya lo sabemos e iremos con mucho cuidado, no hay problema.

La cara del panadero se convirtió en otra. Desapareció el niño asustado y en su lugar Sonia y su padre pudieron ver un adulto enojado. Sus manos cesaron de moverse nerviosas, y soltaron el paño.

– ¿Quién os ha contado eso?

Daniel miró a Tonno durante un momento, inseguro de si debía contestar o no.

– En realidad no lo sé... un pescador, ayer por la tarde en el espigón. Estábamos viendo la puesta de sol cuando empezó a hablar con nosotros. Nos advirtió sobre el oleaje, y sobre no subir al acantilado. Luego nos explicó por qué. Para ser sincero, nos aconsejó subir únicamente hasta la casa de un tal Puzo.

– Rufo, papá, se llama Rufo –intervino Sonia.

– Eso, Rufo. Nos dijo que con un poco de suerte nos encontraríamos con él, que es un viejo agradable.

Sus palabras fueron seguidas de un silencio muy incómodo. Daniel no sabía qué hacer, así que optó por sacar un billete de la cartera y dárselo a Tonno para que cobrara el pan y el chocolate. El panadero aceptó el billete sin apartar la vista de los ojos de Daniel. Se acercó a la

caja, introdujo el billete y contó las monedas del cambio. Cuando entregó a Daniel la vuelta le sostuvo un momento las manos.

– No sé con quién habreis hablado, pero sería mejor hacer caso del consejo que os han dado: no vayais más allá de la casa de Rufo.

Tanto Sonia como Daniel se quedaron sin saber qué decir. Él cogió el dinero y lo guardó en la cartera. Metió la bolsa con la compra en su mochila y la cerró. Se dirigieron en silencio hasta la puerta, y antes de salir Daniel miró de nuevo a Tonno.

– No va a pasar nada, ya verás –dijo.

– No dejéis de pasar por aquí antes de las seis –fue la respuesta del panadero. Después dio media vuelta y se metió en la trastienda.

Sonia y Daniel salieron a la calle y comenzaron a caminar en dirección al paseo marítimo. Durante unos cuantos minutos ninguno de los dos dijo nada, pero al alcanzar el final del pueblo Sonia no pudo aguantar más.

– No importa lo que haya dicho, papá, yo no tengo miedo. No va a pasar nada, ya sería mala suerte que justamente apareciera hoy el... el viento...

Daniel observó a Sonia un momento, sin dejar de caminar. Después volvió a mirar al frente.

– Hija, no hay ningún viento, créeme. No es raro que más de uno crea la historia que nos contó el pescador. Esto es un pueblo pequeño, es normal que... bueno, que corran historias, y está claro que esta la creen todos, pero te aseguro que si existiera un viento así lo sabríamos. No pienses más en eso, y vamos a disfrutar de la excursión. Además, mira el cielo: azul, sin una sola nube, y no se nota ni un poco de brisa. Ese viento del que hablan simplemente no existe, pero incluso si existiese no parece que hoy sea un día muy bien escogido para que aparezca.

No dijeron nada más. Habían llegado al principio del sendero que se encaramaba por las laderas, cerca de los acantilados, deslizándose entre extensiones de hierba de

intenso verde.

La primera media hora de subida fue realmente sencilla, tal como había dicho Tonno. Decidieron hacer caso y se detuvieron para observar el pueblo. Desde la distancia, y a aquella altura, destacaban sobre todos los tejados y las paredes blancas. Tenían razón: era una visión hermosa.

– Debe ser por aquí donde vive Rufo –dijo Sonia, dándose cuenta de que la zona donde estaban era el único espacio llano que había en mitad de la subida.

Después el sendero se hizo mucho menos recto, aunque seguía siendo igualmente fácil. Fue necesario sortear rocas que aparecían semienterradas a ambos lados. La sinuosidad del camino hacía que a ratos el pueblo dejara de ser visible. Después de caminar aroximadamente una hora el sendero giró bruscamente a la derecha. Podían ver que delante de ellos, a unos doscientos metros, la tierra se acababa. Al parecer aquello era un cabo de tierra, y para recorrerlo estaban describiendo un semicírculo. Eso quería decir que desde ese momento perdían definitivamente el pueblo de vista.

Decidieron parar un momento a descansar. Se sentaron sobre unas rocas, bebieron un poco y comieron unos trozos de chocolate.

Unos diez minutos después continuaron, caminando a paso tranquilo. El sendero volvió a hacerse más llano, y en el paisaje los únicos colores que destacaban eran el blanco de las rocas y el verde de la hierba. Llevaban más de una hora y media de caminata cuando Daniel miró al cielo y vio que empezaba a cambiar.

– Vaya, esto pasa por haber hablado... Fíjate, parece que se está oscureciendo un poco.

– Sí, ya lo venía notando, ¿crees que lloverá?

– Espero que no, no me apetece nada acabar empapado.

– ¿Qué hacemos, damos la vuelta por si acaso?

Daniel dudó un momento. Realmente el cielo

estaba cubriéndose con algunas nubes grises, pero no había forma de saber si iban a continuar allí o si terminarían desapareciendo. Finalmente, convencido de que debía faltar poco para alcanzar el acantilado, decidió que siguieran caminando. Unos diez minutos más tarde, sin embargo, lo pensó mejor y se detuvo otra vez.

– Sonia, lo siento pero creo que vamos a tener que dar media vuelta. Fíjate cómo se está poniendo el cielo.

Era difícil de creer, pero en apenas veinte minutos las nubes habían ocultado el color azul, se había levantado una fría y molesta brisa, y el aire empezaba a cargarse de humedad.

– Vamos, tenemos que intentar volver antes de que se ponga a llover en serio. Saca tu chubasquero, por si acaso.

Ambos abrieron sus mochilas, sacaron sus chubasqueros y se los colocaron. Volvieron a cerrar las mochilas y las cargaron de nuevo a la espalda. Cuando estaban listos para seguir caminando Daniel advirtió la cara de preocupación de Sonia.

– ¿Qué ocurre, hija?

– ¿Crees... crees que será peligroso?

– Claro que no, no te preocupes, sólo es agua, eso es todo. Es posible que pillemos un resfriado, pero nada más. No te preocupes. Es una lástima, debemos estar a diez o quince minutos del acantilado... Volveremos otro día, ¿vale?

Sonia asintió con la cabeza, aunque en ese momento estaba un poco asustada y lo único que quería era marcharse de allí.

Comenzaron a caminar de nuevo y pronto vieron que con toda probabilidad iban a mojarse. El cielo se ennegrecía a una velocidad asombrosa.

– Lo siento, hija, creo que vamos a terminar ensopados.

Ella no dijo nada. Intentó sonreír para tranquilizar a su padre, pero comenzaba a sentir las primeras gotas sobre la cara. Estaba cansada, y empezaba a tener frío.

Continuaron caminando. Ninguno de los dos hablaba, concentrados en avanzar lo más rápidamente posible para volver a Lucítera.

El camino de vuelta, cuesta abajo, lo recorrieron en menos tiempo, y pronto se encontraron de nuevo en el pequeño llano donde habían parado durante la subida. Para entonces la pocas gotas que caían del cielo se habían convertido en una incómoda llovizna horizontal, zarandeada por el viento.

Algo en el llano, sin embargo, había cambiado, algo inesperado que les arrancó un sobresalto y les detuvo como una pared.

En medio del camino, a cuatro o cinco metros, un hombre largo y escuálido esperaba frente a ellos. Estaba quieto, y en su mano derecha sujetaba una vara que apoyaba en el suelo, un cayado de madera, casi recto y muy pulido, aproximadamente de su misma altura. La piel era rugosa y morena, y usaba una larga melena peliroja, algo desordenada pero limpia. Sus ropas eran holgadas, y parecían de lino.

Sus ojos eran blancos, y estaban muertos.

Su voz sonó profunda y tranquila.

– Será una lluvia fuerte y duradera, no deberían volver al pueblo ahora.

Sonia se asustó un poco. La delgadez y la altura del hombre le hacían parecer más alto, y sus ojos opacos le incomodaban. Se acercó más aún a su padre, escondiéndose un poco detrás de él.

Daniel también se había quedado sorprendido. No había visto llegar al hombre, ni lo había oído. Quizá se debía a que el viento había tapado sus pasos, o tal vez a que había aprendido a caminar con sigilo.

– Disculpeme –dijo el hombre, de nuevo empleando un tono grave y agradable, muy pausado–, no me daba cuenta de que debo haberles asustado. Créanme, no era mi intención.

– No nos ha asustado –mintió Daniel–, pero nos ha sorprendido un poco. No le hemos oído llegar.

– Reitero mis disculpas, debí hacer notar mi presencia. No tengo costumbre de hablar con nadie.

– No se disculpe, por favor, no ha ocurrido nada. Me llamo Daniel, y me acompaña mi hija Sonia. Usted... usted debe ser Rufo.

El hombre no dijo nada. Movi6 apenas el cuerpo para dirigir su cara hacia Sonia, que se habia separado un poco de Daniel, apenas la distancia de un brazo. Aunque el hombre no podia ver, con el gesto de mover el cuerpo parecia que le estaba mirando. Despues volvi6 a girarse hacia Daniel, y habl6 con la misma voz reposada.

– En efecto, lo soy. Es un placer saludarles. Lamento, no obstante, que tras una presentaci6n tan breve deba insistir en la conveniencia de que se pongan a refugio de esta lluvia, que pronto ser6 torrencial. Me sentiria muy honrado de acogerles en mi hogar hasta que la lluvia despeje. Es humilde, pero les dar6 calor y un techo.

Padre e hija intercambiaron una mirada, y decidieron aceptar el ofrecimiento el hombre.

– De acuerdo –dijo Daniel–, se lo agradecemos mucho, realmente parece que va ser una buena tormenta.

– Espl6ndido. En ese caso, siganme, por favor.

El anciano gir6 sobre s6 mismo y comenz6 a caminar despacio, tanteando con el cayado. Sonia caminaba junto a su padre, sin separarse demasiado. Aunque la c6lida voz del hombre despertaba confianza, sus ojos opacos le hacian sentirse inquieta.

Como si estuviese siendo observada.

“Vaya historia para contarle a mi diario”, pens6.